canso é invocando la muerte como único remedio; monomaniaco cuyo tema era el acreedor brutal ayudado de tinterillos y gendarmes....

La ciudad volvía á animarse; las figuras de la mañana entraban de nuevo en la procesión del público; perfilaba la púrpura del ocaso el inmenso gentío; las caras marchitas, los trajes ajados, el andar cansado, desfilaban por segunda vez, y el murmullo creciente volvía á evocar la memoria de inmensa colmena que va á despoblarse.

Que el observador se detenga á contemplar ese desfile gigantesco de subalternos; investigue sus costumbres, resuelva los problemas trascendentales que surgen de ese *maremagnum*, mientras yo me apodero del Sr. Carreño. Ya no es tiempo, se ha fundido en el gentío, ese océano sin límites ni buzos, en el que se mezclan los pícaros y los honrados, y se codean un bandido burócrata como Caifás y una víctima como Carreño.

NOTAS DE CARTERA.

A EZEQUIEL A. CHAVEZ.

DON Lucas ejerce la honesta profesión de *Evangelista*.

Es un viejo mal vestido, á veces envuelto en una capa gris llena de manchas; larga y canosa melena, venerables, pero incultas barbas; ojos semicubiertos por caídos párpados; grandes narices soportando anteojos que cabalgan en su mitad y no descienden hasta la punta, gracias al cordoncillo, que anudado en el *occiput*, los sostiene. Es el tipo del enfisematoso: siempre está fumando y tosiendo, se coloca en las mañanas cerca del sol para calentarse, y apoyada la cabeza en una mano, sigue los giros de una espiral de humo.

Á veces escucha atentamente el relato de alguna

vendedora de legumbres, las explicaciones de un payo grave; se encorva sobre el papel, levanta las cejas como un ademán del esmero y la atención, prueba la pluma, sacúdela si está muy cargada de tinta, y escribe lentamente. Á cada párrafo, pluma en ristre, lee lo escrito, en tanto que su cliente aprueba con el silencio más profundo.

Su bufete fué de escuela ó juzgado en sus buenos tiempos. Una desteñida cortina, como sucia pantalla, lo protege del sol y del viento; sobre su tapa yacen la *carpeta* de charol descascarado ó blando cuero, el tintero tosco y manchado frente á la hoja de papel rayado, tersa y limpia, en cuyo fondo blanco se destaca la mano sucia, velluda y huesosa del amanuense.

¿Qué cartas escribirá? me he preguntado al ver desfilar frente á su mesilla tantos tipos, llorosos unos, tranquilos otros, estúpidos los más. Si tuviera algo de literato podría escribir un volumen sobre los secretos que ha sorprendido. ¡Cuántas veces una carta no es sino el extracto de grandes dolores, desconocidas tragedias, irremediables esperanzas y crímenes ignorados! El *Evangelista* es el secretario de los léperos, el confidente de la chusma que no sabe leer ni escribir; es uno de tantos tipos que desaparecerán con el progreso, pues denuncia la existencia de los analfabéticos.

Vive de escribir; serio, reservado, permitiéndose dar consejos una que otra vez, y llevando sus habilidades hasta resolver cuestiones aritméticas.

Su domicilio es el portal de Santo Domingo, ese museo al aire libre.

Muchas mañanas me he extasiado frente á los *puestos*, viendo exhumar los objetos para la venta. El dueño de ese comercio es un hombre que á la vez que funge de vendedor de antiguallas, se dedica á la mala relojería, compone paraguas ó remienda zapatos.

Abre desde temprano gravemente sus cajones; ordena primeramente y en el lugar más visible, lo menos usado, como herramientas de oficios diversos; alínea las *limas* y *formones*, amarra grandes colgajos de llaves, ordena tirabuzones y tijeras; en cajas de betún vacías guarda las ruedas de reloj y hacina en tosco cajón números de cargador, pedazos de candelero, tapones y prismas de cristal, *almendras* de candelabro, frascos vacíos, tuercas y tornillos; protege como bajo un capelo las máquinas de reloj, cubriéndolas con una copa sin pie. No es raro encontrarse en esa *Morgue* de lo inservible algún libro apolillado y manchado de amarillo, un retrato sin marco ó uno de esos cuadros bordados de relieve representando rosas y que en el fondo azul del vidrio y con letras de oro, dicen:

"*Á mi adorado papasito en el día de su santo.*" Pocas veces hay algo bueno: un pedazo de santo, medio muñeco de porcelana, un plato con paisajes violetas, cabezas, piernas y troncos de Cristos de marfil, puños de bastón ó mazos de fotografías que ponen en evidencia la fealdad y la ternura de los que han escrito al dorso una dedicatoria.

El vendedor pasa la vida ayudado por sus vejestorios. Á un paso remienda un zapato que hace gestos, endereza un tacón en plano inclinado, *echa medias suelas* á una bota de niña pobre, y corrige las seniles curvaturas de un paraguas. Se pone en pie y se dirige á una vendedora de tunas que surge de un montón de cáscaras, engulle la jugosa fruta después de meter los dedos en el salero, abrir la boca y dejar caer desde lo alto el polvillo; en seguida echa un párrafo con la que expende botines (de charol, con hebilla de estaño y lacito morado), con gran vergüenza de una criada que pujando, roja, cubierta de sudor, pugna por sacarse un botín que le *aprieta*, lanzando largos bufidos de fatiga, mientras la madre contempla las *chanclas* de paño y los monstruosos zapatos de cuero de becerro. De ahí, nuestro hombre pasa á florear á la que hace quesadillas, roja de calor, lustrosa de grasa y apestando al vecindario con el humo irritante de sus cebollas fritas.

Buscaba un vidrio de aumento, si no me engaño, una mañana que cierto amigo mío se despedía acaloradamente de Don Lucas: hizo que le acompañara yo hasta la esquina, y me contó que el tal Don Lucas había sido de muy buena familia, pero había quedado en la miseria; fué maestro de escuela hacía poco tiempo, pero enamoróse de la hija del alcalde, y estuvo á punto de morir en manos de cierto bandidote de aquellos rumbos, y nuestro hombre, con todo y sus cuarenta y pico, se había enflaquecido por su *ella*.

Desde entonces, cada vez que pasaba frente al *Evangelista* lo veía con atención, inclinado sobre el papel, colocando la *falsa* llena de borrones ó dirigiendo miradas tristes al espacio como si soñara con la hija del alcalde; sufría, no cabe duda, porque era muy callado y no entablaba relaciones con sus vecinos y tenía siempre un aire pensativo.

Más de una ocasión sentí una punzante curiosidad por saber qué cartas dictaban los que iban á demandar sus servicios; pero cuando me detuve cerca de la mesilla, con el pretexto de buscar chapas y perillas, no sorprendí más que trozos de epístola sin interés.

Un día ví acercarse al bufete una gruesa matrona de enaguas almidonadas y rebozo nuevo; sentóse en la silla de tule, cubrióse la boca con el *co-*

yote de bolita, y teniendo en la mano un pañito de dibujos amarillos, saludó:

—Buenos días, señor.

—Buenos días, señorita: ¿en qué puedo servir á usted?

—Pues señor: mi compadre de Ixtlahuaca, ha de saber usted, está encargado de *mija* (mi hija), porque aunque tiene su padre, que es mi marido legítimo, con perdón de usted, estamos enojados, y no ve por la muchacha. Aunque pobre, señor, tengo dignidad y me contaron que Petra, que es la gracia de mi hija, andaba en malos pasos con un tal Cayetano, que con perdón de usted es mala gente, señor; y yo no quiero que mi hija se pierda, señor; porque le juro á usted por Dios que yo no la *iduqué* mal; eso sí, señor, yo pobre pero no mala madre (pucheros). Conque ha de saber usted que me lo dijeron, señor, una persona que lo *vido*, y me dijo también la tal persona que á quien la muchacha quería era á un señor maestro de la escuela que dizque iban á matar por causa suya, y yo quiero, señor, que usted me lea un recado que me han escrito de mi tierra para saber, señor, lo que les ha acontecido; y diciendo esto desenvolvió de un periódico la carta que el amanuense leyó, y decía:

"Mi compadre D. Jocé te entregará la presente que me hase fabor de escribirme Dn Regino y en

la que te digo lo que há acontecido por acá. Tu hija Petra está mala y creo que le han hecho mal de ojo porque desde que se fué Dn Lúcas está pero si hecha una hebra la pobre no quiere comer y su padre le pega porque la susodicha no quiere casarse con Calletano.

"El siñor cura lo sacó el diablo el otro dia porque dice que por eso le daban los asidentes susodichos. y se le ensendió una vela al Sr. San Pedro para que sanara pero á seguido mal. Tus milpas ván bien y la *Prieta* tuvo su burrito. la *Pinta* no ha puesto porque tiene gorgojo y tu recibe un abrazo de tu compadre

Salomé Antonio."

Púsose muy descolorido Don Lucas al leer esto, en tanto que la mujer lloraba y decía:

—Ya me lo *afiguraba*, sí, señor; ya me lo decía el corazón que mejor no estaba bien. A ver, siñor, lea esto otra. Si como hay tanto trabajo donde sirvo, no tengo campo de venir; ya hacia dias que queria ver á su mercé para que me leyera; luego hay ocasiones en que se me juntan hasta cinco cartas y me da mortificacion decirle á la niña que me las lea, porque ya sabe usted, siñor, lo que es eso de que le digan á uno sus gentes, cosas, siñor que. . . . (sollozos).

Compúsose el amanuense los anteojos, y seca la boca, ansiosa la mirada y temblorosa la voz, leyó:

"No te había escrito porque como estoy trabajando en la troje de D. Sabino, no tengo campo de ir á ver al señor de la tienda que es el que me da noticias tocante á tu hija, pero el dia Jueves me trujo un recado uno de allá diciéndome que fuera violentito y fuí. Tu hija Petra sigue mala de los asidentes, echa espuma por la boca y el señor cura ha ido dos veces á conjurarla pero con todo no se alibia, así es que debes benir.

"Disen que está así por mi compadre que le pega mucho pero como es aquí de los de arriba ni modo de echarle un pial para que no se buiga tan juerte. No se bé ni la sombra de D. Lúcas y eso es lo que tiene así á la muchacha, si biniera tal vez al mirarlo se compondría. Tus milpas se tostaron con la granizada, la *Prieta* está con muermo y el cacomixcle anda por aquí y nos ha comido algunas gallinas solo se ha salvado la blanca que ora sí está muy ponedora y tu compadre que te desea felicidades.

Salomé Antonio."

—Ay, señor, si eso de tener uno sus gentes lejos es malo, porque, ya usted lo ve, señor, suceden unas cosas que solo Dios.... ! Yo, señor, pues que

casara con el maestro de escuela si esa es su voluntad, pero que no sufriera; dígame su merced.

El *Evangelista* estaba lívido; leía y releía las cartas, evocaba la memoria de Petra, su amor último, porque era ella la hija de aquélla. Á punto estaba de decirle:

—Señora, yo soy el maestro de escuela, vamos á Ixtlahuaca y me caso, pero conocía al alcalde y al feroz Cayetano, dominaba su emoción y encendiendo un cigarro, pasaba á la tercera carta.

"Ay, comadrita, Dios te dé resignacion, pero puedes rogar por Petrita que Dios haiga perdonado porque se murió el día Martes y yo no te lo quisiera desir pero más vale que lo sepas, á la pobrecita la mató á muinas mi compadre que Dios se lo perdone pero es muy malo, sí comadrita, las milpas ban cada dia pior, nos ha caido el chagüixcle, la *Prieta* está coja y se ha perdido la *Pinta*.

Salomé Antonio."

La señora del rebozo sollozaba.

—¡Ay, hija de mi corazón, de mi alma; Virgen Santísima de los Remedios.... hija.... hija....!

Abundante lloro hinchaba sus ojos y narices; empapado estaba el pañito, y sacudían su seno y collar de falsos corales, convulsivos y entrecortados sollozos.

—¡Ay, ay, ay, hija de mi corazón! Quién me lo había de decir! ¡ay!

El *Evangelista* había cruzado los brazos sobre la carpeta y escondido entre ellos el rostro, y sollozaba también gimiendo con desesperación: ¡Petra! ¡Petrita!.....

.....

Momentos después era aquel un desorden atroz é imposible de describir. El de los fierros viejos, que componía un reloj, saltó del mostrador sin quitarse el lente del ojo; la de las tunas llevaba un vaso de agua y la de los zapatos tenía en sus brazos á la pobre señora del rebozo *coyote*, que desabrochado el saco, en desórden las enaguas, tenía un acceso de risa nerviosa, que no obstante la gravedad del caso, parecía cosquillear al del puesto.

—Madre, échele agua fría.

Y la madre de la que vendía botines, hacía un buche y regaba el rostro de la gorda enferma.

—Tápela, Chonita, porque el aire le puede dejar así, torcida; dicen que es malo.

—Métanla al zaguán del ocho. Pobrecita, suda á chorros y está fría como un granizo. . . .

Y mientras el gendarme llegaba y la señora reía, el pobre Don Lucas lloraba á mares, sin oir al de los relojes que le decía moviéndolo y con las pinzas en la mano:

—¿Pero qué es eso, Don Lucas? Los hombres no lloran. . . .

No decía yo bien? ¡Cuántas cartas encierran grandes dolores, trajedias desconocidas, irrealizables esperanzas é impunes crímenes!

LA PANTOMIMA.

A L. GARCIA Y M. BELTRAN.

ERA noche de beneficio. Una música militar ensordecía ejecutando un paso doble obligado á pistón; estallaban los cohetes, giraban con vertiginosa rapidez los castillos y se aglomeraban los paseantes en torno de las vendimias.

Grande debía ser la concurrencia del Circo, porque los retardados que llegaban al ventanillo del vendedor de boletos, recibían una negativa.

—No quedan ya.

—¿Ni de tercera fila?

—Ni de ésos.

Los revendedores los ofrecían á precio doble y

algunos se resignaban á hacer un gasto extraordinario para ver la aplaudida pantomima que se representaba: "La Cenicienta."

Se aglomeraban los carruajes frente á la entrada, desde el coche particular que *rayaba* sus caballos, hasta el humilde simón, cuya portezuela solo se abría á puntapiés. Niños alegres, señores de paletós claros, damas envueltas en salidas de baile y empuñando costosos abanicos, penetraban lentamente á la tienda alumbrados con profusión por la enorme llama de un rojo fanal, custodiados por los gendarmes y entregando uno por uno los boletos al recogedor que les alargaba un bien impreso programa, en tanto que los acomodadores, atarantados ya, indicaban los asientos.

La festiva multitud se perdía tras una gran cortina. Al levantarla oíanse los ecos de una monótona obertura, se entreveía el incendio del interior y los millares de cabezas que se agitaban.

Tenía que transponerse el pasillo haciendo esfuerzos con los codos, rozar las piernas con mil rodillas, atravesar un oleaje humano para llegar al asiento.

Las gradas estaban henchidas, brillaban aquí y allá los galones de los sombreros anchos, azuleaban los rebozos y clareaban de trecho en trecho las frazadas rojas, las camisas ó la nota azul cobalto de

un traje cursi. Aplaudían, pateaban, silbaban pidiendo el comienzo de la fiesta y se levantaba del sordo murmullo del pópulo una voz airada, la de alguno á quien apretaban demasiado ó habían pisado. Era tal el gentío, que las mujeres llegaban á su asiento despeinadas, con el rebozo caído y las enaguas ajadas.

Abajo, era un tumulto semejante, pero ménos soez. Los palcos estaban llenos, blanqueaban las tiras de los programas, brillaban los redondos vidrios de los gemelos, se extendían como alas desplegadas los abanicos, fingiendo aves que van á emprender un lento vuelo. Los colores de los trajes, el suave reflejo de las sedas, el chispazo de los brillantes, los sorbetes nuevos y planchados, todo resplandecía bajo el inmenso aro de picos de gas, fingiendo un vaivén de océano que arrastrara todos los tesoros de una reina.

Sonaban las rojas sillas, sin cesar se oía el suplicante: *con permiso*, de alguna familia retardada que á grandes penas alcanzaba su asiento y llegaba á él con los vestidos arrugados y el rostro amoratado de vergüenza.

Leves nubecillas de humo flotaban en el aire, y como carbunclos ardían los cigarros á lo lejos.

En el redondel un mozo de librea barría una alfombra, otro, *á pulso*, trepaba por un poste en

medio de la furiosa alharaca del público de las gradas.

El *clown* asomaba su cara pintarrajeada tras el telón, y el director de la música levantaba lánguidamente su batuta. Iba á comenzar la función; algunos señores se descubrían al oir el golpe de la campanilla y otros recorrían sus programas.

Poco se fijó el público en la flaquísima señora que hizo los ejercicios en el alambre. Levantaba un pie, enviaba un beso al público, sin seperar la vista de un punto del espacio; sacudía su pañuelo, alzaba el otro pie: se hincaba, temblando é impulsada por el vaivén del alambre, y se recostaba como en una hamaca, tomando académica postura, que aplaudía el público de las gradas.

Las señoras, con pequeños gemelos, pasaban revista al público deteniendo su observación en algún palco ocupado por gentes de gran tono; otras lánguidamente inclinada la cabeza, con los ojos dormidos y entreabiertos los sonrientes labios, se abanicaban, y solo los niños, apoyadas las mandíbulas en las manos y los codos en las rodillas, con grandes ojos admirados, seguían los movimientos de la artista, que se había hincado, y juntaba las manos en ademán de oración; la música tocaba *sotto voce* un aire que iba acorde con la postura, un compás de elegía americana.

Oíanse risas en un palco de señoritas muy pintadas, recién venidas de no sé qué Estado, y charlaban con un obeso personaje con fieltro color de canela.

La señora del alambre se había parado con un solo pie; alzaba en ángulo recto la pierna, y con los brazos extendidos y móviles como los de una balanza para guardar el equilibrio, volvía á recibir los aplausos del *pópulo* y los niños. Saltó al piso, y tocándose el corazón, envió mil besos y se retiró dando saltitos, muy conmovida.

Casi nadie se ocupaba del espectáculo, pasando revista á los mil concurrentes. Pasaron inadvertidos los ejercicios acrobáticos, las dislocaciones de un hombre serpiente, y saludó con ¡bravos! la salida del *clown* en el *Acto principal* por una *miss* muy delgada que vestía vaporosas enagüillas de crespón, hacía ridículos gestos de amabilidad al público y ponía en evidencia la flacura de sus piernas. El caballo, con aire de fatalidad, daba vueltas á pasos largos, sacudiendo al estornudar, la cabeza, y arrojando la arena del redondel á los concurrentes más cercanos. ¡Cómo rió el público con los visajes del *clown!* Los niños se desternillaban cuando se daba un golpazo, abofeteaba ruidosamente á un señor de casaca muy larga, y agujereaba los grandes discos de papel, sacando la lengua y aventando por el aire su gorrillo cónico.

El calor era sofocante, los rostros se enrojecían; el brillo de los ojos era intenso y flotaban en el aire perfumes de pañuelo.

El *clown* estaba serio y la del caballo saltaba sobre cintas de trapo y atravesaba por grandes discos; en tanto que los músicos, medio dormidos, seguían tocando un paso doble hipnótico al compás de los chasquidos del látigo. La dama, sentada negligentemente en las ancas del caballo, veía con aire dulce al público, sonriendo á algunos conocidos al pasar.

Iba á comenzar "La Cenicienta," y los niños se paraban en sus asientos palmoteando. Algunos señores se iban al pasillo, aprovechando el *intermedio de* 10 *minutos*, para respirar un poco ó apagar la sed con un *bock* de cerveza ó una grosella.

En el interior, en las cuadras, en el foro del circo, tenían lugar otras escenas: los niños pobres que iban á representar en la pantomima. Pálidos, desvelados, se vestían, oyendo las recomendaciones del director de escena, que les encargaba hicieran elegantes caravanas.

Reían los mozalvetes divertidos porque les iban á dar pasteles y quizá dinero, y todo por salir un momento escoltando al príncipe en el gran baile.

El soñado muñeco, la estampa codiciada, el dulce querido iban á salir de aquella representación.

Los papás, artesanos ó gente pobre, solo por verlos habían tomado un asiento de gradas. Había pilluelos á quienes era necesario vestir, otros no podían sufrir los zapatos, que se ponían por la primera vez, y más de cuatro, acostumbrados á la blusa, se sentían incómodos con el traje de público palaciego.

Las niñas se ponían el polizón por delante, y se peinaban al tacto, porque no había espejo, y enredaban la gran cola de sus trajes en todos los obstáculos.

Una de ellas, Remedios, precoz, soñadora, que si hubiera sido ilustrada parecería una gran mujer, era la más animada de todas. Creía que aquello era no una farsa sino una verdad, iba á visitar un palacio de *de veras*, á asistir á un baile real, y en su cerebro de niña pobre hervían no sé qué confusas ideas de grandeza.

Cuando salieron al redondel pareja por pareja, eran saludados con grandes risotadas. Las señoras se torcían en sus asientos, los hombres se oprimían el estómago fatigados de reir y con los ojos llorosos.

¡Qué desfiguros, Dios mío!

Los muchachos de la pantomima llevaban puestas las pelucas al revés, las rubias dejando á descubierto el cabello natural, descuidado y negro; aquel de allá tenía los calzones muy largos; otro

llevaba las medias caídas; dos muchachas eran soberbias, ¡qué colores! morado, anaranjado, crema; ¡qué colas de media vara! Asomaban los zapatos sin betún, andaban tropezando, se resbalaban en la restirada alfombra y no sabían dar la mano á los galanes, que con la boca abierta llevaban paso de marcha, las sentaban, se ponían el sombrero de tres picos en el estómago y hacían una caravana, ¡y qué caravana!

Lo que más preocupaba al público era el color moreno de aquellos infelices.

—¡Qué prietitos! decían.

Los padres no sabían lo que aquella algazara significaba, y sonreían satisfechos desde las gradas, diciendo los nombres de muchos que salían, porque eran del mismo barrio.

¡Jamás se habían vestido sus hijos con trajes más elegantes!

Remedios estaba alucinada, deslumbrada por la luz, confusa en aquel bullicio, veía con aire estúpido al público, á la abigarrada multitud, y se sentía rica, feliz, hollando aquella alfombra, adormecida por la música. Era verdad, lo juraría, hay una hada que protege á los niños pobres, y con un golpecito de su vara mágica se convierten los jarros en carruajes, los harapos en seda y las galopinas en "Cenicientas." ¿Cuándo le llegaría su turno?

Cada limosnera que llegaba á su casa se le figuraba la hada que con harapiento disfraz iba á convertirla como á la hermana humillada del cuento.

Aquel era su momento feliz. Olvidaba su pobreza, su Escuela Municipal; las borracheras de su padre, los azotes de su mamá, la dureza del mendrugo empapado en caldo frío, que era su alimento; el cuarto nauseabundo del arrabal, toda su existencia de niña pordiosera: en aquel instante era una dama y estaba en el cielo. ¡Qué luminoso el gas! ¡Qué música tan suave era la murga del circo! ¡Qué tela tan fina la de su traje ridículo! ¡Qué suavidad de césped la de la roja alfombra! Eran un manjar de reina los pasteles y un verdadero príncipe aquel niño rubio, vestido de seda, que la saludaba desde su trono de cartón.

Y lo que solo era un sueño de oro, la hacía estremecer con un placer inmenso!.....

.....

Concluyó la función; vacióse el circo; los concurrentes fueron saliendo; los señores levantaban el cuello de sus paletós y se cubrían las narices con pañuelos y mascadas; las señoras se envolvían en claros abrigos tomando el brazo de sus compañeros; montaban en los coches, se despedían de sus conocidos que turbaban el silencio con sus pláticas, sus risas y el ruido de sus pasos.

Las calles estaban solas, los gendarmes pitaban, y grupos de perros en medio de la calle se espantaban al verlos pasar.

Remedios tuvo que desvestirse; tenía el rostro ardiendo. Al entrar á la caballeriza sintió el soplo helado del húmedo viento que olía á estiércol. ¿Cómo? ¿Qué sucedía? ¿Dónde estaba?

¡Qué lástima, no era cierto!

Caía de lo alto de las ilusiones; sentía un amargo desconsuelo y recordaba las desazones de la realidad abrumadora.

Pensó en el suburbio oscuro, en la borrachera del padre, en los azotes de la madre; en el hambre, el frío, la escuela, esa serie de dolores de su vida miserable. Se vistió las rotas enagüillas, el saco desteñido, el manto desgarrado, y ya cubierta por los harapos lloró sobre su disfraz de princesa..... Algo que no comprendía bien, algo confuso, una amarga verdad que palpitaba sordamente en su interior la entristecía; pensaba que solo en "Cenicienta" hay hadas que transformen en princesas á las niñas pobres, y es muy duro pasar de la pantomima á la verdad.

EL IDEAL.

A J. MUIRON.

PÁGINAS DE UN DIARIO.

I

TODO el mundo duerme en casa, y aprovecho esta oportunidad para apuntar mis últimas impresiones. ¡Qué poderoso es el recuerdo! Jamás creí que este cuarto desmantelado fuera escenario de los más bellos cuadros. Todo se transforma: la mesa manchada de tinta, los volúmenes dispersos, sucios y desencuadernados; el bote de pomada que me sirve de